

gantines “Aquiles”, “Pezuela” y “Constante” apareció en el Pacífico; su orgulloso pabellón flameaba al viento de la vanidad, surcando sus aguas con aparejos reales y pertrechada de venganzas, derechos de conquista y un número indefinido de injusticias. Combinada con las fuerzas terrestres que ocupaban el sur del Perú, creyeron los españoles probable la realización de sus proyectos de reconquista, imponiendo de nuevo el yugo colonial, con los efímeros y mal aprovechados triunfos que obtuvieron, sin consultar al sabio y liberal Voltaire, que dijo: “Si el hombre es libre, él debe gobernarse; y si hay tiranos, destronarlos debe”.

*PARTE DEL JEFE DE LA DIVISION DE VANGUARDIA
DEL EJERCITO REAL EN LA COSTA*

“Cumpliendo las órdenes e instrucciones de US., he salido de esta hacienda a las tres de la mañana sobre la ciudad de Lima, a observar si los enemigos hacían algún movimiento por ella, ya que lo habían avisado así, según US. no ignora. Permanecí en la plaza con el brillante escuadrón de la fuerza de mi mando, las compañías de cazadores del 2o. del Infante, y Arequipa, y la quinta de fusileros de este cuerpo, hasta que algunos anuncios y medidas que he tomado, a las ocho y media, de la misma me hicieron entender que era el momento crítico de replegarme a la inmediación de esas fortalezas, para que a su vista reconociesen los enemigos, las defendían interior y exteriormente valientes españoles. Así sucedió, como US. me lo había mandado, y este movimiento hace honor a sus disposiciones, a mi obediencia, y a los señores jefes, oficiales y tropa que componen esta vanguardia. Volví aquí, aparenté enviar la caballada a pastar, y que la tropa se dedicase al aseo y policía, y efectivamente el objeto se ha cumplido, osando el coronel rebelde Urdaneta atravesar por Lima con cinco compañías en número de seiscientos hombres, rezagos del ejército de Bolívar que se titulaba columna de cazadores y dos escuadrones con fuerza de trescientos hombres denominados dragones del Perú, y dejando otro igual número de montoneras y gente de menos confianza por diferentes puntos, se aproximó en busca de los valientes que me honro de mandar, entre una y dos de la tarde; que se acercó hasta el carrizal de Baquíjano. Entonces la vanguardia de mi mando se dirigió al enemigo con denuedo cual correspondía a la confianza que merece a US. El escuadrón que verdaderamente es digno de un nombre heroico, hoy es conocido con el de provisional mandado inmediatamente por el

jefe del estado mayor, 2° ayudante general, teniente coronel D. Isidro Alaix, arrolló la caballería enemiga y despreció los fuegos de su infantería parapetada sobre los tapiales del camino nuevo y viejo real de Lima de un modo que es inexplicable, y en mi concepto excedió a cuanto pueden hacer individuos de su arma en número y demás que están al alcance de US. Nada arredró a los bravos que lo compone a continuar su aire, hasta casi concluir con triple fuerza enemiga en las mismas calles de Lima. El choque fue tan furioso y decisivo que a las primeras lanzadas y cuchilladas quedó muerto el comandante de esta arma coronel D. Miguel Vargas, con otros jefes y oficiales. Horrorizada de esta intrépida carga la infantería enemiga, se posesionó de la eminencia de la vigía de Concha, la que desalojé al momento con las dos compañías de cazadores del Infante y Arequipa pues la quinta de este cuerpo al trote siguió en reserva a nuestra caballería. Por todas partes sembraron las partidas de guerrillas, doscientas ocho lanzas, ciento cincuenta fusiles, ciento once tercerolas, ciento treinta y cuatro sables, doscientos sesenta caballos aperados y varias cargas de municiones, dejando además en nuestro poder una bandera con el lema 'Viva la Unión Peruana' 'Viva Sucre, General en Jefe del Ejército'; algunos instrumentos militares, equipajes, etc. siendo tal el estrago en los enemigos, que según las noticias que han dado los prisioneros, que remito a US., no han salvado de ellos más que setenta reunidos. El honor, valor y subordinación, bien acreditada en otras ocasiones, de los individuos que han contribuido a la satisfacción que me cabe en este momento, han sido tales cuales esperaba US., y pueden sin hipérbole servir de modelo; pero debo recomendar a US. especialmente al jefe de E. M., D. Isidro Alaix; al comandante accidental del escuadrón, intrépido capitán de la guardia del Excmo. Sr. Virrey, teniente coronel D. Pedro Zabala; al ayudante de este cuerpo, D. Manuel Castro; al teniente del batallón Arequipa D. Angel Carrillo; y al cadete de este batallón D. Ramón Andrade; sin olvidarme del alférez de la compañía de cazadores del batallón de mi mando, D. Ildefonso Núñez, que ha sido herido como buen oficial. Los demás jefes, oficiales y tropa, se han conducido de un modo también digno de elogio; y ruego a US. ejerza en su obsequio las gracias que le permitan sus facultades. Nuestra pérdida consiste en cuatro muertos y cuatro heridos de tropa; sin contar un extraviado, ni otra desgracia, sin embargo de haber sido preciso que los soldados

operasen en lo más de esta jornada individual y discrecionalmente, lo que les hace dignos de la consideración de la superioridad, y de US. que los aprecia y conoce como yo.— Dios guarde a US.— Campamento en la hacienda de Baquíjano a las seis de la tarde de hoy miércoles, 3 de noviembre de 1824.— Pedro Asnar.— Sr. Brigadier D. José Ramón Rodil, Comandante General del Callao y provincia de Lima”.

Este día, memorable fue uno de los de más tribulación para la desgraciada Lima, o, más bien dicho, el día de mayor luto y de lágrimas que ha tenido en la revolución, por haberse anegado el camino del Callao y las calles de aquella ciudad con sangre de innumerables ancianos, mujeres y niños indefensos, que atraídos al peligro sólo por la novedad, fueron lanceados por la feroz caballería española.

La entrada de la división Urdaneta a la capital de Lima, el tan trágico día tres de noviembre, fue anunciada por un repique general de campanas. Con ella llegó el coronel D. José María Egusquiza en calidad de gobernador interino; pero habiendo seguido aquella sin interrupción ni medida alguna precautoria que la pusiese a cubierto de un desastre, a causa del abandono e inmoralidad de su jefe, sufrió la derrota antes citada.

El gobernador Egusquiza que establecido en la casa consistorial dictaba medidas del momento para reunir la Municipalidad, tuvo que abandonar la capital precipitadamente. La columna española con dos piezas de batalla, ocupó el día siguiente la plaza mayor; redoblándose, con el aspecto aterrador de los orgullosos vencedores el pavor pánico de sus desconsolados habitantes, en la que permaneció hasta las cinco de la tarde, que contramarchó al Callao, para no volver a ocupar jamás la capital del Perú. Desde entonces se temieron en Lima desgracias mayores; acéfala de administración política y militar, y expuesta al desenfreno de la multitud, que so color de defender una u otra causa, enmascarados con el nombre de montoneros, cometían robos y otras depredaciones; era una continua amenaza para el honrado vecindario.

En estas circunstancias, experimentaron los dominadores de la América la sentencia de Voltaire; pues cuando más les brillaba los rayos del Sol, con la batalla de Ayacucho, desapareció para siempre de estas vastas y ricas regiones el ominoso poder de tres siglos, y con ella la decantada escuadra del Pacífico que al fin reforzó las de

Méjico y Chile, entregándose el navío a aquel estado y el "Águiles" al segundo.

El Ejército Libertador, al mando del General Sucre, derrotó completamente al ejército español, el nueve de diciembre de 1824, en los campos de Huamanguilla. El General La Serna que lo mandaba, fue herido, y cayó prisionero con diecisiete generales más; muchos jefes, oficiales y tropa. Por consiguiente, todos los bagajes de los españoles, su armamento y pertrechos, quedaron también en poder de los independientes.

El teniente coronel Medina, ayudante de S. E. el Libertador conducía los partes oficiales de la batalla; y es de lamentar la desgracia de haber sido asesinado en Huando por los rebeldes de aquel pueblo. Mas todas las autoridades de los lugares inmediatos al campo de la victoria, avisaron oficialmente el triunfo de las armas de la patria, añadiendo que el General Canterac, que quedó mandando el ejército después de haber sido herido el Virrey La Serna, capituló con el General Sucre, estipulando expresamente que las fortalezas del Callao se entregaran al ejército libertador. El nueve de diciembre completó el día venturoso que amaneció en Junín el 6 de agosto. Al empezar el año 24, amenazaban los españoles reconquistar la América con el gran ejército que mandaban y que ya no existe. Los campos de Huamanguilla han sido testigos de la victoria más espléndida, que ha terminado la Guerra de la Independencia en el continente de Colón. Allí se ha decidido la cuestión que divide la Europa; que interesa a la América toda; sobre si el mundo debe ser gobernado por el poder absoluto de los reyes, o si es llegada la época en que los pueblos gocen de su libertad y derechos; cuestión trascendental al género humano y cuyo influjo alcanzará sin duda a las generaciones futuras.

El Ejército Libertador, ha resuelto, en fin, este problema, y ha levantado el monumento que faltaba a su gloria; la fama grabará con gratitud eterna los nombres de los vencedores en Huamanguilla y del ilustre genio que ha dirigido la guerra. El Libertador Simón Bolívar a principios de octubre del presente año, entregó el mando del Ejército Unido al General Sucre, situado entonces de este lado del río Apurímac, ordenándole sólo quedase en observación del enemigo que con marchas muy rápidas se había guarnecido en el Cuzco después de la derrota de su caballería en Junín.

El Libertador dando este paso, se desprendió del ejército y marchó con dirección a la costa con su Estado Mayor, a fin de hallarse expedito y embarcarse para Colombia, caso que la inconstante fortuna no lo lisonjeara en la batalla general que debía darse si los españoles repasaban el Apurímac; mediante esta resolución ocupó Bolívar la provincia de Chancay a mediados de noviembre, en los mismos días que llegaban por allí algunos dispersos de la división Urdaneta, de entre los que mandó fusilar cuatro oficiales sin forma de juicio.

Luego que el Libertador tuvo avisos del deplorable estado de la capital de Lima, mandó que para apoyar la emigración la ocupase una respetable fuerza de caballería y que distribuidos los emigrados en todos los pueblos de la provincia de Chancay se les auxiliase con ración de campaña, lo que tuvo efecto distribuyéndose diariamente más de cuatro mil raciones. El siete de diciembre entró S. E. el Libertador a Lima, y al siguiente día recibió a las notabilidades que se presentaron a felicitarle. Desde entonces fue guarnecida la ciudad con cuerpos de línea, quedando así garantida de las incursiones de los españoles y de las amenazas de los malhechores.

Todo lo que aquí llevo escrito, distrájome algún tanto de la monotonía a que me vi condenado durante la época que estuve en estas fortalezas, a la que me condujo la fuerza de mis compatriotas, no mi voluntad, desde la traición de Moyano y la retirada de los independientes de la capital el 27 de febrero de 1824 a las provincias del Norte, en las que reorganizando éstos un ejército respetable marcharon en busca del español, a pesar de la superioridad física y moral que ostentaba en el vasto territorio del Alto y Bajo Perú.

Como aprecio debidamente los hechos históricos de la revolución, los he expuesto tales como los he adquirido de algunos des preocupados compañeros míos, por no defraudarlos a los que se dignen fijar su atención en este pequeño fruto de mis tareas.

S. E. el Libertador después de haber eludido varias tramas que se urdieron por sus enemigos para traicionar a la patria, replegóse a Trujillo, desde cuya ciudad, recibió nuevos refuerzos de Guayaquil. La división del Perú que por entonces pudo organizarse, pasó a Cajamarca a las órdenes del General La Mar a principios de marzo de 1824, a fin de aumentar su fuerza y mejorar su moral e instrucción. El cuerpo de artillería cuando arribó a esa ciudad, fue perfectamente reorganizado, a los dos meses, en dos compañías de cien

hombres cada una; y la maestranza con su actividad y constancia en el trabajo, dio movilidad al Ejército Unido, que abrió la campaña, en el mes de junio del mismo año, perfectamente equipado. La parte del norte de Lima contribuyó con eficacia a la emancipación con todos los recursos necesarios, a pesar de los desastres que trajo en pos de sí la anarquía del año anterior; de manera que con sólo ella habríase podido hacer la independencia del Perú sin necesidad de auxilio extranjero, si más favorecidos por la Providencia hubiese tenido caudillos virtuosos y capaces de llevar a cabo empresa tan heroica.

Reconcentrado el Ejército Unido Libertador en el cuartel general de Carhuaz con la fuerza de tres mil ochocientas plazas de todas armas, se aumentó aquél física y moralmente desde el mes de agosto con los prisioneros y pasados en la jornada de Junín, que redujo al ejército español al más espantoso desorden y desmoralización. Sus pequeñas divisiones eran abandonadas a los riesgos del hambre y otras necesidades, si el servicio las había separado del grueso del ejército; las redobladas marchas que éste hacía lleno de pavor, no le permitía conducir sus enfermos y cansados, a quienes fusilaban para que no sirviesen de refuerzo al ejército independiente, que le picaba su retaguardia. Todos los cálculos del Virrey La Serna, eran pasar al otro lado del Apurímac y fortificarse en el Cuzco, sin advertir que hay sucesos en la vida de las naciones que los tiene señalados el Supremo Hacedor desde la eternidad y que no puede el hombre sujetar a su pequeñez. Ese mismo es El que havisto por más de trescientos años ejercer crueldades inauditas sobre pueblos inocentes e indefensos, por hombres ambiciosos, sanguinarios y criminales; Ese, El que dando la señal de alarma, los sacó con su brazo omnipotente de la servidumbre y abyección en que se hallaban sumidos. Suspendo estas reflexiones, porque podría hacerme odioso para con los fanáticos políticos, que miran como dogmas religiosos el poder absoluto de los reyes y la dominación española en América; creo no obstante, que uno de los atributos de la Divinidad es la justicia, y de su mano ha descendido el premio de tanto sufrimiento y el castigo de tanta iniquidad. Como hombre imparcial me he desviado de mi propósito, el cual continúa con el detalle de la derrota del ejército español en los campos de Ayacucho, que en buen castellano, significa rincón de muertos; se insertan igualmente las capitulaciones celebradas a consecuencia de ella y la relación de los

generales, jefes y oficiales de la división Peruana; sirviendo su autenticidad como de una carta de libertad, que corrobora la independencia jurada por los peruanos en 1821. Así terminó el dominio de los reyes de España y de sus déspotas Visires, que por más de tres lustros oprimían el hermoso suelo de los Incas y todo el vasto continente de Colón.

[La transcripción se hace de: *La Floresta Española Peruana*, publicada en Lima, el año 1848, en forma anónima y, siguiendo un sistema popular en la época, por pliegos, impresos por el conocido tipógrafo don J. M. Monterola, en la "Imprenta del Comercio". Con la reunión de los cuadernillos se hizo un libro de 108 páginas.

En la presente ocasión sólo hemos tomado el texto, propiamente dicho, de la intitulada "Segunda época", que comprende el período de 1800 hasta 1824, contenido entre las páginas 45 a 90 de la primera edición y que es la etapa que debemos suponer que el anónimo analista conoció más directamente.]